

Henri Pirenne

Las ciudades de la Edad Media



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Les villes du Moyen Âge*
Traducción de Francisco Calvo Serraller

Primera edición: 1972
Tercera edición: 2015
Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: San Adalberto, obispo de Praga. Detalle de manuscrito gótico
(Galería Nacional de Hungría, Budapest)
© Picture Desk
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1972, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-101-6
Depósito legal: M. 17.904-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Capítulo 1. El comercio del mediterráneo hasta fines del siglo VIII
- 26 Capítulo 2. La decadencia comercial del siglo IX
- 48 Capítulo 3. Las *cités* y los burgos
- 65 Capítulo 4. El renacimiento comercial
- 88 Capítulo 5. Los comerciantes
- 107 Capítulo 6. La formación de las ciudades y la burguesía
- 136 Capítulo 7. Las instituciones urbanas
- 172 Capítulo 8. La influencia de las ciudades en la civilización europea

- 191 Notas

1. El comercio del Mediterráneo hasta fines del siglo VIII¹

Si se echa una mirada de conjunto al Imperio Romano, lo primero que sorprende es su carácter mediterráneo. Su extensión no sobrepasa apenas la cuenca del gran lago interior al que encierra por todas partes. Sus lejanas fronteras del Rin, del Danubio, del Éufrates y del Sahara forman un enorme círculo de defensas destinado a proteger sus accesos. Incuestionablemente el mar es, a la vez, la garantía de su unidad política y de su unidad económica. Su existencia depende del dominio que se ejerza sobre él. Sin esta gran vía de comunicación no serían posibles ni el gobierno ni la alimentación del *orbis romanus*. Es interesante constatar de qué manera al envejecer el Imperio se acentúa más su carácter marítimo. Su capital en tierra firme, Roma, es abandonada en el siglo IV por otra capital que es al mismo tiempo un puerto admirable: Constantinopla.

Ciertamente, al finalizar el siglo III se revela la civilización en una indudable decadencia. La población dismi-

nuye, la energía se debilita, los gastos crecientes del gobierno, que se afana en la lucha por la supervivencia, entrañan una explotación fiscal que esclaviza cada vez más los hombres al Estado. Sin embargo, esta decadencia no parece haber afectado sensiblemente a la navegación en el Mediterráneo. La actividad que aún presenta contrasta con la atonía que, paulatinamente, se apodera de las provincias continentales. Continúa manteniendo en contacto a Oriente y a Occidente. No se ve de ningún modo desaparecer el intercambio de productos manufacturados o de productos naturales de climas marítimos tan diversos: tejidos de Constantinopla, de Edessa, de Antioquía, de Alejandría, vinos, aceites y especias de Siria, papiros de Egipto, trigo de Egipto, de África, de España, vinos de la Galia y de Italia. La reforma monetaria de Constantino, basada en el *solidus* de oro, también debió de favorecer singularmente el movimiento comercial al proporcionarle el beneficio de un excelente numerario, universalmente utilizado como instrumento de las transacciones y expresión de los precios.

De las dos grandes regiones del Imperio, el Oriente y el Occidente, la primera aventajaba infinitamente a la segunda, no solamente por la superioridad de su civilización, sino por el nivel mucho más elevado de su vitalidad económica. A partir del siglo IV sólo en Oriente existen grandes ciudades; y además es precisamente allí, en Siria y en Asia Menor, donde se concentran las industrias de exportación, especialmente las textiles, de las que el mundo romano se constituye como mercado y cuyo transporte es realizado por barcos sirios. La preponderancia comercial de los sirios es ciertamente uno de los hechos más

interesantes de la historia del Bajo Imperio², y debió de contribuir ampliamente a esa orientalización progresiva de la sociedad que finalmente habría de abocar en el bizantinismo. Y esta orientalización, cuyo vehículo es el Mediterráneo, es una prueba evidente de la importancia creciente del mar a medida que, al envejecer, el Imperio se debilita, retrocede por el norte bajo la presión de los bárbaros y se concentra cada vez más en las costas.

No se puede uno, pues, sorprender al ver a los germanos, desde el comienzo del período de las invasiones, esforzarse por alcanzar estas mismas costas para establecerse allí. Cuando, en el transcurso del siglo III, las fronteras ceden por primera vez bajo su empuje, se dirigen por la misma razón hacia el sur. Los cuados y los marcomanos invaden Italia, los godos avanzan hacia el Bósforo, los francos, los suevos y los vándalos que han franqueado el Rin, hacia Aquitania y España. No desean establecerse en las provincias septentrionales que las circundan. Lo que codician son aquellas regiones privilegiadas donde la suavidad del clima y la fecundidad de la naturaleza se unen a la riqueza y los encantos de la civilización.

Esta primera tentativa de los bárbaros no tuvo de permanente nada más que las ruinas que produjo. Roma conservaba suficiente vigor para rechazar a los invasores al otro lado del Rin y del Danubio. Todavía durante un siglo y medio consiguió contenerlos agotando con ello sus ejércitos y sus finanzas. Pero el equilibrio de fuerzas resultaba cada vez más desigual entre los germanos –cuya presión se hacía más poderosa a medida que el aumento de su número los empujaba más imperiosamente a una

expansión exterior— y el Imperio —cuya población decreciente le permitía cada vez menos una resistencia, mantenida con una habilidad y constancia que no se puede, por otra parte, dejar de admirar—. A comienzos del siglo V se consuma el hecho. La totalidad de Occidente es invadida. Sus provincias se transforman en reinos germánicos. Los vándalos se instalan en África, los visigodos en Aquitania y en España, los burgundios en el valle del Ródano, los ostrogodos en Italia.

Esta nomenclatura es significativa. Sólo abarca, como se ve, a los países mediterráneos y no hace falta más para mostrar que el objetivo de los vencedores, libres al fin para establecerse a su gusto, era el mar, ese mar que durante tanto tiempo los romanos habían llamado con tanto afecto como orgullo *mare nostrum*. Es hacia él hacia donde todos, sin excepción, se dirigen, impacientes por asentarse en sus costas y por gozar de su belleza. Si los francos, al principio, no llegaron a alcanzarlo, es porque, llegados tardíamente, encontraron el lugar ocupado. Pero ellos también desean poseerlo. Ya Clodoveo quiso conquistar la Provenza y tuvo que intervenir Teodorico para impedirle extender las fronteras de su reino hasta la costa Azul. Este primer fracaso no desanimaría a sus sucesores. Un cuarto de siglo más tarde, en el 536, aprovecharían la ofensiva de Justiniano contra los ostrogodos para que éstos les cediesen la codiciada región; y resulta sorprendente señalar cuán infatigablemente tiende, desde entonces, la dinastía merovingia a convertirse a su vez en una potencia mediterránea. En el 542, Childeberto y Clotario se comprometen en una expedición, por lo demás desgraciada, allende los Pirineos. Italia suscita espe-

cialmente la codicia de los reyes francos. Se alían con los bizantinos, después con los lombardos, en la esperanza de penetrar al sur de los Alpes. Constantemente decepcionados se afanan en nuevas tentativas. Ya, en el 539, Teudeberto franqueó los Alpes, y cuando Narsés, en el 553, reconquistaba los territorios que había ocupado, se realizaron numerosos esfuerzos en el 584-585 y del 588 al 590 para apoderarse nuevamente de ellos.

El establecimiento de los germanos en la cuenca del Mediterráneo no supone de ninguna manera el punto de partida de una nueva época en la historia de Europa. Por muchas consecuencias que tuviera, de ningún modo hizo tabla rasa del pasado ni rompió con la tradición. El objetivo de los invasores no era anular el Imperio Romano, sino instalarse allí para disfrutarlo. En cualquier caso, lo que conservaron sobrepasa en mucho a lo que pudieron destruir o aportar de nuevo. Ciertamente los reinos que constituyeron en el territorio del Imperio hicieron desaparecer a éste *en cuanto Estado* de la Europa occidental. Considerando las cosas desde un punto de vista político, el *orbis romanus*, circunscrito en lo sucesivo al Oriente, perdió el carácter ecuménico que hacía coincidir hasta entonces sus fronteras con las fronteras de la cristiandad. Lo que no quiere decir, sin embargo, que, desde entonces, se convirtiese en algo ajeno para aquellas provincias que había perdido. Su civilización sobrevivió a su dominio. Se impuso a sus vencedores por la Iglesia, por la lengua, por la superioridad de las instituciones y del derecho. En medio de las luchas, de la inseguridad, de la miseria y de la anarquía que acompañaron a las invasiones, es cierto que esa civilización se fue

degradando, pero en esta degradación conserva una fisionomía aún netamente romana. Los germanos no pudieron y además no quisieron prescindir de ella. La *barbarizaron*, pero no la *germanizaron* conscientemente.

Nada confirma más claramente esta observación que la persistencia hasta el siglo VIII del carácter marítimo que hemos constatado más arriba como esencial para el Imperio. El Mediterráneo no pierde su importancia tras el período de las invasiones. Se mantiene para los germanos como lo que era antes de su llegada: el centro mismo de Europa, *el mare nostrum*. Por considerable que hubiese sido en el orden *político* la destitución del último emperador romano de Occidente (476), en manera alguna fue suficiente como para desviar la evolución histórica de su dirección secular. Continúa, por el contrario, desarrollándose en el mismo teatro y bajo las mismas influencias. Ningún indicio anuncia todavía el fin de la comunidad de civilización establecida por el Imperio desde las columnas de Hércules hasta el mar Egeo y desde las costas de Egipto y de África hasta las de la Galia, de Italia y de España. Colonizado por los bárbaros, el mundo nuevo conserva en sus líneas generales la fisionomía del mundo antiguo. Para seguir el curso de los acontecimientos, desde Rómulo Augústulo a Carlomagno, no hay más remedio que dirigir constantemente la atención al Mediterráneo³.

Todas las grandes peripecias de la historia se desarrollan en sus límites. Desde el 493 hasta el 526 la Italia gobernada por Teodorico ejerce sobre todos los reinos germánicos una hegemonía a través de la cual se perpetúa y se afirma el poder de la tradición romana. Luego, desa-

parecido Teodorico, este poder se evidencia aún más claramente. Faltó poco para que Justiniano restaurase la unidad imperial (527-565). África, España e Italia son reconquistadas. El Mediterráneo vuelve a ser un lago romano. Es cierto que Bizancio, agotado por el inmenso esfuerzo que acaba de realizar, no puede ni llevar a término, ni tan siquiera conservar intacta, la sorprendente obra que ha acometido. Los lombardos le arrebatan el norte de Italia (568) y los visigodos se liberan de su yugo. Sin embargo, no abandona de ningún modo sus pretensiones. Conserva aún durante mucho tiempo África, Sicilia e Italia meridional. No renuncia a dominar Occidente gracias al mar, donde sus flotas poseen la hegemonía, de tal manera que la suerte de Europa se juega en este momento más que nunca en las aguas del Mediterráneo.

Lo que es cierto para el movimiento político lo es también, y en mayor medida si cabe, para la civilización. ¿Hace falta recordar que Boecio (480-525) y Casiodoro (477-c. 562) son italianos, como San Benito (480-543) y como Gregorio el Grande (590-604), y que Isidoro de Sevilla (570-636) es español? Es Italia la que conserva las últimas escuelas, y al mismo tiempo la que difunde el monacato al norte de los Alpes. En ella es donde se encuentra a la vez lo que subsiste todavía de cultura antigua, y lo nuevo que se está gestando en el seno de la Iglesia. Todo el vigor que la Iglesia de Occidente pone de manifiesto se halla en las regiones mediterráneas. Solamente allí posee una organización y un espíritu capaz de grandes empresas. Al norte de la Galia, el clero se corrompe en la barbarie y en la impotencia. El cristianismo tuvo que ser llevado a los anglosajones (596), no desde

las costas vecinas de la Galia, sino desde las lejanas costas de Italia. La presencia de San Agustín entre ellos es también un testimonio brillante de la importancia histórica conservada por el Mediterráneo. Y esto resulta aún más significativo si se piensa que la evangelización de Irlanda se debe a misioneros procedentes de Marsella y que los apóstoles de Bélgica –San Amando († c. 675) y San Remaclo († c. 668)– son aquitanos.

Todavía más claro, el movimiento económico de Europa se revela como la continuación directa del Imperio Romano. Indudablemente, el decaimiento de la actividad social aparece en este dominio como en los otros. Ya los últimos tiempos del Imperio nos hacen presenciar una decadencia que la catástrofe de las invasiones contribuyó naturalmente a acentuar. Pero se equivocaría totalmente el que se imaginara que la llegada de los germanos tuvo como consecuencia la sustitución del comercio y de la vida urbana por una economía puramente agrícola y un estancamiento general de la circulación⁴. La supuesta repulsa de las ciudades por parte de los bárbaros es una fábula convenientemente desmentida por la realidad. Si en las fronteras extremas del Imperio fueron saqueadas, incendiadas y destruidas algunas ciudades, es incuestionable que la inmensa mayoría de ellas sobrevivió. Una estadística de las ciudades existentes hoy en Francia, en Italia e incluso en las riberas del Rin y del Danubio evidenciaría que, en su mayoría, se levantan en el lugar donde estaban situadas las ciudades romanas y que su nombre por lo general no es sino una transformación del nombre de éstas.

Se sabe que la Iglesia calcó sus circunscripciones religiosas de las circunscripciones administrativas del Impe-

rio. Por regla general, cada diócesis correspondía a una *civitas*. Resulta, pues, que la organización eclesiástica, al no sufrir casi ninguna alteración en la época de las invasiones, conservó su carácter municipal en los nuevos reinos fundados por los conquistadores germánicos, lo cual es de tal manera cierto que, a partir del siglo VI, la palabra *civitas* adquiere el sentido especial de ciudad episcopal, de centro diocesano. Al sobrevivir al Imperio en el que se había fundado, la Iglesia contribuyó ampliamente a salvaguardar la existencia de las ciudades romanas.

Pero hay que reconocer también que estas ciudades mantuvieron por sí mismas, durante mucho tiempo, una importancia considerable. Sus instituciones municipales no desaparecieron bruscamente con la llegada de los germanos. Se puede señalar que no solamente en Italia, sino también en España e incluso en la Galia conservaron sus *decuriones*, es decir, un cuerpo de magistrados provistos de una autoridad judicial y administrativa cuyos detalles se nos escapan, pero cuya existencia y origen romano no podemos negar⁵. Aún se puede descubrir allí la presencia del *defensor civitatis* y la costumbre de la inscripción de las casas notables en las *Gesta Municipalia*. Por otra parte, y de manera más definitiva, se nos muestran como los centros de una actividad económica que también es una supervivencia de la civilización anterior. Cada ciudad sigue siendo el mercado de los campos de su alrededor, el domicilio invernal de los grandes hacendados de su región y, por poco que esté favorablemente situada, el centro de un comercio cada vez más desarrollado a medida que se aproxime a las costas del Mediterráneo. Basta leer a Gregorio de Tours para con-

vencerse de que la Galia de su época todavía poseía un tipo de mercaderes profesionales establecidos en las ciudades. Cita en pasajes como a los más característicos a los de Verdún, París, Orleans, Clermont-Ferrand, Marsella, Nimes y Burdeos⁶. Sin duda es preciso no exagerar su importancia; sería un error tan considerable como infravalorarla. Es cierto que la constitución económica de la Galia merovingia se basaba más en la agricultura que en cualquier otra forma de actividad; y esto es tanto más evidente cuanto que ocurría ya de esta manera bajo el Imperio Romano. Lo que no impide que la circulación interior y la importación y exportación de géneros y mercancías desempeñasen un papel lo suficientemente activo como para que se les reconozca como indispensables para la alimentación y subsistencia de la sociedad. Una prueba indirecta de este hecho nos la dan las rentas del telonio (*theloneum*). Se sabe que se llamaba de esta manera a los peajes establecidos por la administración romana a lo largo de los caminos, en los puertos, al pasar los puentes, etc. Los reyes francos permitieron que subsistieran todos y sacaron de ellos recursos tan abundantes que los cobradores de esta clase de impuestos (*thelonearii*) figuraron entre sus funcionarios más útiles.

El mantenimiento del comercio después de las invasiones germánicas y, al mismo tiempo, el mantenimiento de las ciudades que eran sus centros y el de los mercados que eran sus instrumentos se explica por la pervivencia del tráfico mediterráneo. Así ocurría después de Constantino y así se vuelve a encontrar, en líneas generales, desde el siglo V al VIII. Si, como era de esperar, su declive se acentuó, no es menos verdad que nos ofrece el espec-

táculo de un intercambio ininterrumpido entre el Oriente bizantino y el Occidente dominado por los bárbaros. Por la navegación que se realiza desde las costas de España y de la Galia hasta las de Siria y Asia Menor, la cuenca del Mediterráneo no deja de constituir la unidad económica que se había formado secularmente en el seno de la comunidad imperial. Gracias a ella la organización económica del mundo sobrevivió a su fragmentación política.

A falta de otras pruebas, el sistema monetario de los reyes francos consignaría esta verdad hasta la evidencia. Este sistema, lo sabemos bastante bien como para que no sea necesario insistir aquí, es puramente romano, o para hablar más exactamente, romano-bizantino. Lo es por las monedas que acuña, el *solidus*, el *triens* y el *denarius*; es decir, el sueldo, el tercio de sueldo y el denario. Lo es además por el metal que emplea, el oro, utilizado para la acuñación del sueldo y del tercio de sueldo. Lo es también por el peso que asigna a las especies. Lo es por las efigies que imprime. Recordemos que los talleres monetarios conservaron durante mucho tiempo, bajo los reyes merovingios, la costumbre de hacer figurar el busto del emperador en las monedas, de representar en el reverso de las piezas la *Victoria Augusti* y que, llevando la imitación al extremo, no dejaron, cuando los bizantinos sustituyeron la imagen de esta Victoria por la cruz, de seguir también su ejemplo. Un servilismo tan absoluto se explica necesariamente por razones poderosas. Evidentemente, tuvo por causa la necesidad de mantener entre la moneda nacional y la moneda imperial una paridad que no tendría razón de ser si no hubiesen subsistido las

más íntimas relaciones entre el comercio merovingio y el comercio general del Mediterráneo; es decir, si este comercio no hubiese continuado vinculándose por los lazos más estrechos al comercio del Imperio Bizantino⁷. Además abundan las pruebas de estos lazos y aquí bastará recordar algunas de las más significativas.

Señalemos, en primer lugar, que Marsella no ha dejado de ser, hasta el comienzo del siglo VIII, el gran puerto de la Galia. Los términos empleados por Gregorio de Tours en las numerosas anécdotas en las que se le ocurre hablar de esta ciudad nos obligan a considerarla como un centro económico singularmente animado⁸. Una navegación muy activa la vincula a Constantinopla, Siria, África, Egipto, España e Italia. Los productos de Oriente –el papiro, las especias, los tejidos de lujo, el vino y el aceite– son objeto de una importación regular. Los mercaderes extranjeros, judíos y sirios en su mayoría, se establecen allí de un modo permanente y su nacionalidad evidencia la intensidad de los contactos mantenidos por Marsella con las regiones bizantinas. Por último, la cantidad extraordinaria de monedas que son acuñadas allí durante la época merovingia nos proporciona una prueba material de la propia actividad de su comercio⁹. La población de la ciudad debía comprender, aparte de los negociantes, un tipo de artesanos bastante numeroso¹⁰. Desde cualquier aspecto parece, pues, que conservó claramente, bajo el gobierno de los reyes francos, el carácter netamente municipal de las ciudades romanas.

El movimiento económico de Marsella se propaga naturalmente en el *hinterland* del puerto. Bajo su influencia todo el comercio de la Galia se orienta hacia el Medi-

terráneo. Los telonios más importantes del reino franco están situados en los alrededores de la ciudad, en Fos, Arles, Toulon, Sorgues, Valence, Vienne y Aviñón¹¹. Lo que es una prueba evidente de que las mercancías desembarcadas en la ciudad eran enviadas al interior. Llegaban al norte del país, tanto a través de los cursos del Ródano y el Saona como por las calzadas romanas. Aún poseemos los documentos por los que la abadía de Corbie obtuvo de los reyes la exención de peaje en Fos para una multitud de productos, entre los que se destacan una variedad sorprendente de especias de procedencia oriental y papiros¹². En estas condiciones, no parece demasiado atrevido suponer que la actividad comercial de los puertos de Ruán y de Nantes, en las costas del Atlántico, los de Quentovic y Duurstede, en las del mar del Norte, se mantenía por la atracción de Marsella. La feria de Saint-Denys, como lo harían en los siglos XII y XIII las ferias de Champagne, de las que se la puede considerar como la «prefiguración», pone en contacto a los mercados anglosajones llegados a través de Ruán y Quentovic, con los de Lombardía, España y Provenza, y de esta manera les hace participar en el comercio del Mediterráneo¹³. Pero, evidentemente, la influencia de este mar era mucho más sensible en el sur del país. Las ciudades más importantes de la Galia merovingia se encuentran todavía, como en la época del Imperio Romano, al sur del Loira. Los detalles que nos proporciona Gregorio de Tours sobre Clermont-Ferrand y sobre Orleans muestran que contenían auténticas colonias de judíos y de sirios; y si así ocurría en estas «ciudades» en las que nada permite creer que disfrutasen de una situación privile-

giada, debía pasar otro tanto en centros bastante más importantes como eran los de Burdeos y Lyon. Se sabe además que Lyon poseía, aun en época carolingia, una población judía muy numerosa¹⁴.

Todo esto es sin duda suficiente para concluir que los tiempos merovingios conocieron, merced a la persistencia de la navegación mediterránea y por intermedio de Marsella, lo que se puede verdaderamente llamar un gran comercio. Sería ciertamente un error pretender restringir el negocio de los mercaderes orientales de la Galla exclusivamente a objetos de lujo. Sin duda, la venta de orfebrería, esmaltes y telas de seda debía proporcionarles abundantes beneficios. Pero no bastaría esto para explicar su número y su extraordinaria difusión por todo el país. El tráfico de Marsella se alimentaba además de productos de consumo general, como el vino y el aceite, sin contar las especias y el papiro, que eran exportadas, como se vio, hacia el norte. Desde entonces no hay más remedio que considerar a los mercaderes orientales de la monarquía franca como comerciantes a gran escala. Sus barcos, después de haber sido descargados en los muelles de Marsella, se llevaban seguramente, al abandonar las orillas de Provenza, no solamente viajeros, sino también flete de vuelta. Las fuentes, a decir verdad, nada nos indican sobre la naturaleza de este flete. Entre las conjeturas de las que puede ser objeto, una de las más verosímiles es que consistía, al menos en una gran parte, en mercancía humana, quiero decir, en esclavos. El comercio de esclavos no dejó de practicarse en el reino franco hasta fines del siglo IX. Las guerras emprendidas contra los bárbaros de Sajonia, de Turingia y de las re-

giones eslavas le proporcionaban un material que al parecer fue bastante abundante. Gregorio de Tours nos habla de esclavos sajones propiedad de un mercader orleanés¹⁵, y puede conjeturarse con la mayor verosimilitud que aquel Samo que partiera en la primera mitad del siglo VII con un grupo de compañeros hacia el país de los vendas, de los que llegó a ser rey, no era sino un aventurero traficante en esclavos¹⁶. Recordemos finalmente que el comercio de esclavos, al que se dedicaban los judíos en el siglo IX aún con bastante intensidad, se remonta ciertamente a una época más antigua.

Si la mayor parte del comercio en la Galia merovingia se encontraba indefectiblemente en manos de mercaderes orientales, junto a ellos, y según parece en relaciones constantes con ellos, son mencionados los mercaderes indígenas. Gregorio de Tours no deja de proporcionarnos datos por su cuenta, que evidentemente serían más numerosos si no fuera el azar el que los hiciera aparecer en los textos. Nos muestra al rey proporcionando un préstamo a los mercaderes de Verdún, cuyos negocios prosperan tan felizmente que prontamente pueden rembolsárselo¹⁷. Nos da noticia de la existencia en París de una *domus negociantium*, es decir, según todos los indicios, de una especie de mercado de abastos o bazar¹⁸. Nos habla de un mercader que para enriquecerse se aprovecha de la gran hambre del 585¹⁹. Y en todas estas historias se trata, sin la menor duda, de profesionales y no de simples vendedores o compradores de ocasión.

El cuadro que nos presenta el comercio de la Galia merovingia se encuentra naturalmente en los otros reinos germánicos ribereños del Mediterráneo, en los os-

trogodos de Italia, en los vándalos de África, y en los visigodos de España. El edicto de Teodorico encierra una gran cantidad de estipulaciones relativas a los mercaderes. Cartago permanece como un puerto importante en relaciones con España, y parece que sus barcos subieron hasta Burdeos. La ley de los visigodos menciona a negociantes de ultramar²⁰.

En todo esto resalta con fuerza la continuidad del movimiento comercial del Imperio Romano tras las invasiones germánicas, que no acabaron con la unidad económica de la Antigüedad. Por el contrario, esta unidad se conserva con una destacada nitidez, gracias al Mediterráneo y a las relaciones que mantiene con Occidente y Oriente. El gran mar interior de Europa no pertenece, como en otro tiempo, a un solo Estado. Pero aún nada permite prever que dejará pronto de ejercer a su alrededor su atracción secular. A pesar de las transformaciones que presenta, el mundo nuevo no ha perdido el carácter mediterráneo del mundo antiguo. En las costas del Mediterráneo se concentra y se nutre todavía lo mejor de su actividad. Ningún indicio anuncia el fin de la comunidad de civilización establecida por el Imperio Romano. A comienzos del siglo VII, quien hubiera vislumbrado el porvenir no habría encontrado ninguna razón para no creer en la persistencia de la tradición.

Ahora bien, lo que era entonces natural y racionalmente previsible no se realizó. El orden mundial que había sobrevivido a las invasiones germánicas no pudo hacerlo a la del islam, que se proyectó en el curso de la historia con la fuerza elemental de un cataclismo cósmico. En vida de Mahoma (571-632) nadie hubiese podido preverlo ni, consiguientemente, prepararse para ella. Sin

embargo, bastaron poco más de cincuenta años para que se extendiese del mar de China al océano Atlántico. Nada se resiste ante ella. En el primer enfrentamiento derriba al Imperio Persa (633-644), arrebatando sucesivamente al Imperio Bizantino Siria (634-636), Egipto (640-642), África (643-708) e irrumpe en España (711). Su avance invasor no cesará hasta comienzos del siglo VIII, cuando los muros de Constantinopla por una parte (717) y los soldados de Carlos Martel (732) por otra rompen su gran ofensiva envolvente contra los dos flancos de la cristiandad. Pero cuando su fuerza de expansión quedó agotada, había cambiado ya la faz de la tierra. Su repentino empuje destruyó el mundo antiguo. Se acabó la comunidad mediterránea que se agrupaba a su alrededor. El mar cotidiano y casi familiar que relacionaba todas sus partes va a convertirse en una barrera entre ellas. En todas sus costas la existencia social, en sus caracteres fundamentales, había sido la misma a lo largo de siglos, como lo eran o estaban próximas a serlo la religión, las costumbres o las ideas. La invasión de los bárbaros del norte no había modificado esencialmente esta situación. Y he aquí que repentinamente le son arrebatados los propios países donde había nacido la civilización; el culto del profeta sustituye a la fe cristiana, el derecho musulmán al derecho romano, la lengua árabe a la lengua griega y latina. El Mediterráneo había sido un lago romano; ahora se transforma, en su mayor parte, en un lago musulmán. Desde entonces separa, en lugar de unir, Oriente y Occidente europeos. Se rompe el vínculo que aún unía el Imperio Bizantino con los reinos germánicos del oeste.